

FELIPE GONZÁLEZ DOS DISCURSOS

I. EL PACTO DE LA DEMOCRACIA

Es mi obligación en este acto presentar la gestión de la Comisión Ejecutiva Federal ya aprobada y asumida por el Comité Federal, y defenderla ante los delegados al Congreso. Una buena parte del trabajo ya se ha realizado y discutido en asambleas de agrupaciones locales. Sólo resta, pues, complementar el análisis y proceder al debate.

La tradición ha hecho que este discurso tenga el doble carácter de presentación de la gestión y de apertura de las sesiones del Congreso. Voy a ser lo más breve posible en el análisis complementario de la gestión. En la medida que mis conocimientos de otras organizaciones lo permiten creo que somos los únicos que realizamos un debate de esta naturaleza. Personalmente pienso que esta práctica es positiva y democráticamente intachable. Incluso el rigor que se emplea no permitiendo subir a esta tribuna más que a los delegados que estén en contra de la gestión realizada.

No obstante el debate se hace innecesario y pierde sentido si las posiciones de los delegados vienen predeterminadas rigidamente por el mandato de las Agrupaciones. Si esto se extiende a un número considerable de Agrupaciones lo más lógico sería proceder directamente a la votación para pasar rápidamente al trabajo de las ponencias.

Por ello me parece necesario que se reflexione para el futuro sobre la verdadera dimensión de esta práctica de crítica de la gestión que se realiza en nuestro partido. Sería lógico que los delegados al Congreso tuvieran un margen de confianza sufi-

ciente de las Agrupaciones que representan como para que este debate pudiera servirles para tomar libre y responsablemente una decisión. Si lo que determina el voto es exclusivamente la discusión en la asamblea de la agrupación local, el debate aquí sobra. El delegado no es tal, sino un mandatario de la Agrupación que representa. Si por el contrario, este debate tiene sentido para clarificar posiciones y profundizar en el conocimiento de la gestión, la predeterminación del voto es incorrecta democráticamente.

Por si ello fuera poco se producen a veces fenómenos de verdadera contradicción política, pues se da la paradoja de que algunos delegados que personalmente están en contra de la gestión de la Comisión Ejecutiva, se verán obligados a callar sus posiciones, porque traen un mandato imperativo de su Agrupación Local en favor de la gestión. Por el contrario otros que en conciencia están a favor de la gestión de la Comisión Ejecutiva vienen con el mandato cerrado de su Agrupación para votar en contra de dicha gestión.

El problema es mucho más profundo de lo que pueda parecer en una primera aproximación al mismo, puesto que si este proceso se continúa y se extiende a otra serie de campos en la actuación congresual del delegado, éste terminará siendo un simple recadero de la organización de base. En la tradición de nuestro Partido el orgullo del delegado socialista consistía en sentirse depositario de la confianza de la agrupación que representaba. No admitía imposiciones en contra de su conciencia personal y por tanto rechazaba la delegación cuando estaba mandado para hacer algo contradictorio con su



* Felipe González, ex-secretario general del Partido Socialista Obrero Español, ha entregado, en exclusiva para la *Revista de la Universidad*, los discursos de inauguración y clausura del XXVIII Congreso Socialista llevado a cabo en España en mayo del presente año. Los títulos de ambos discursos son responsabilidad de la redacción.

conciencia personal y asumía la seria responsabilidad de tomar decisiones en el curso de los debates que después tenía que explicar cumplidamente a los compañeros que lo habían elegido.

El verdadero sentido de la democracia nos obliga a reencontrar en toda su dimensión esa figura del delegado como depositario de la confianza política de su Agrupación Local, como persona que conoce la actitud de sus representados y que contrasta libre y críticamente sus propias posiciones con la de todos los delegados al Congreso para llegar a una posición final plenamente responsable.

Consideraciones previas

Antes de introducirme en los temas de gestión, me van a permitir algunas consideraciones obligadas en la ocasión que estamos viviendo.

En torno a la celebración del XXVIII Congreso ordinario del Partido Socialista se ha creado una expectación que sobrepasa con mucho los límites de nuestra organización. Las coordenadas históricas que marcan la realidad de nuestro país y nuestras propias circunstancias como Partido, justifican el interés que se proyecta sobre esta sala.

— Somos un Partido viejo y joven al mismo tiempo. Tenemos la enorme carga histórica de un siglo de existencia mezclada con una fuerte renovación que produce un porcentaje de delegados ampliamente mayoritario, asistiendo por primera vez a un Congreso del partido.

— Tras muchos años de dictadura y, por tanto, de clandestinidad, hemos irrumpido con una fuerza inesperada en la escena política española y una parte considerable de nuestro pueblo nos ha confiado importantes responsabilidades.

— Hemos hecho una política internacional claramente solidaria con organizaciones y movimientos en lucha contra regímenes opresores o dominaciones extranjeras y, tanto nuestros planteamientos internos, cuanto nuestras posiciones internacionales, han contribuido a sacudir la conciencia de muchas organizaciones fraternales.

— Hemos pasado de la clandestinidad a la legalidad, de la oscuridad a cinco millones y medio de votos de pocos cuadros de militantes a casi doscientos parlamentarios y más de quince mil representantes locales.

— Hemos, en fin, despertado grandes ilusiones y también fuertes desconfianzas, que se reparten entre esos millones de ciudadanos que esperan de nosotros la respuesta a sus afanes de libertad, de igualdad y de justicia y aquellos que temen que nuestros proyectos políticos liquiden en todo o en parte sus privilegios de clase o casta.

Todo ello en el plazo de dos años y medio

Contemplando con objetividad este panorama, apenas esbozado por las consideraciones que acabo de hacer, no puede extrañarnos que en torno a la celebración del Congreso se produzcan especulaciones, críticas, valoraciones y disputas apasionadas que, a veces de buena fe, otras con mala intención calculada, tratan de incidir en nuestros trabajos, en la vida de nuestro partido y en sus efectos sobre la sociedad en que se proyecta.



Esta situación, la ocasión que nos reúne y las circunstancias todas que rodean la celebración del Congreso, cien años más tarde de la fundación del Partido, nos obligan a reiterar ante todos nuestras señas de identidad. Espero que ello contribuirá decisivamente a eliminar especulaciones gratuitas o superfluas, aunque no pueda esperarse que disminuyan los ataques que siempre habremos de soportar.

Un siglo de historia

Hace ahora exactamente un siglo, en mayo de 1876 se reunían en esta misma ciudad, un grupo reducido de hombres, a cuya cabeza figuraba un joven tipógrafo de veintinueve años: Pablo Iglesias. Este grupo puso en marcha una organización política de clase que, en función de la sociedad de su tiempo, pretendía representar los intereses de la mayoría en torno a un proyecto político, económico y social de cambio, que definieron en una declaración de principios o programa máximo de todos conocido.

Esa declaración de principios constituyó a partir de aquel momento el nexo permanente de unión entre las mujeres y los hombres que se incorporaban al Partido Socialista. Era el contrato social que los mantenía ligados entre sí y comprometidos con el proyecto de cambio profundo de la sociedad que en él se contenía. El grupo de fundadores había logrado plasmar en un documento sencillo y claro, las señas de identidad del socialismo español. Un socialismo de idénticas raíces al del resto de Europa y al mismo tiempo específicamente nuestro. Un socialismo que como los demás tiene su apoyatura fundamental en las teorías de Carlos Marx y que por ser nuestro tiene las características diferenciales de las aportaciones de nuestros mejores compañeros.

Precisamente la sencillez y la claridad del mensaje ha permitido que la declaración de principios supere multitud de abatares históricos, múltiples cambios en la sociedad y en el pensamiento, para seguir constituyendo hoy el ideal que sirve de lugar de encuentro a todos los socialistas y de motor a la lucha.

Empezaban nuestros compañeros considerando que la sociedad en la que vivían era injusta, porque dividía a sus miembros en clases sociales desiguales y antagónicas y terminaban declarando que su meta, el ideal socialista, era acabar con esa situación de injusticia, aboliendo las clases sociales, hasta llegar a una sola de trabajadores "dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes".

A partir de entonces, los socialistas se han reunido veintiocho veces en congresos ordinarios y varias veces más en congresos extraordinarios. Nuestro Partido, como nuestro pueblo, ha pasado por situaciones muy diversas y por mutaciones importantes. Ha conocido amplias épocas de dictadura y de represión y algunos momentos de libertad y entusiasmo. La regla ha sido durante noventa y tres años la falta de libertades plenas, la excepción un escaso periodo de siete años en un siglo.

La sociedad ha pasado de una situación precapitalista a otra de capitalismo semidesarrollado y considerablemente dependiente. Pese a la irregularidad del curso de nuestra historia, la división inicial en dos clases sociales antagónicas, se ha

convertido con el proceso de industrialización y la emergencia de distintos sectores de clases intermedias en una confrontación de múltiples clases sociales con intereses diferenciados, convergentes en algunos aspectos y contradictorios en otros. Una sociedad mucho más compleja en la que la búsqueda de la mayoría deseada por los fundadores se hace más difícil.

En todos los congresos celebrados por nuestros compañeros, se ha discutido libre y democráticamente la estrategia a seguir para el periodo correspondiente, el camino a recorrer para ir aproximando la lucha socialista al ideal propuesto. Las posiciones, como corresponde a una organización democrática, han sido siempre y son hoy, diferentes en el enfoque, variadas en el ritmo de cambio, con mayor o menor radicalidad según los protagonistas que obtenían la mayoría del congreso. Las aportaciones de todos, fueran cuales fueran sus orígenes o sus posiciones han sido siempre y lo siguen siendo valiosas y estimables. En cada momento histórico el debate entre los Prieto, Besteiro, Caballero, de los Ríos, por citar sólo algunas figuras emergentes que podrían representar amplias corrientes de opinión han producido un fruto concreto que con mayor grado de acierto o de error se ha situado en los límites de la fidelidad a la declaración de principios o programa máximo. Este se seguía considerando el contrato social que nos unía a todos y el objetivo por el que todos querían luchar por uno u otro camino.

Ello explica que los socialistas hayan mantenido a lo largo de un siglo de existencia una identidad propia y diferenciadora, al mismo tiempo que una pluralidad democrática en su seno, a la que repugnaba cualquier tipo de dogmatismo o doctrinismo, cualquier sometimiento al consignismo o a la dependencia de focos de poder extranjero.

Hoy tenemos que rendir un serio homenaje de reconocimiento y de gratitud a todos los hombres y mujeres que desde Pablo Iglesias hasta nosotros nos legaron un estilo propio, una identidad concreta labrada en base al sacrificio permanente, al trabajo tenaz y a la voluntad de construir libre y democráticamente la sociedad socialista. Esto no significa que nosotros asumamos nuestra propia historia sin el espíritu crítico que hace que esa asunción sea socialista. Tenemos que aprender de los aciertos y de los errores de nuestros compañeros en el pasado, de la misma forma que somos autocríticos con el proceso histórico que estamos protagonizando hoy, debemos serlo con el proceso secular de nuestra historia.

También en esta hora es necesario el homenaje que merece, de admiración y de respeto, al hombre que a nivel internacional contribuyó de manera fundamental, con sus ideas y su propia lucha personal, a lo que se ha venido llamando el socialismo científico. Homenaje a Carlos Marx para desagrararlo de tanto ataque despiadado e ignorante como ha recibido y recibe de todos los reaccionarios de la tierra y también para rescatarlo de la ignorancia y de la manipulación de aquéllos que diciendo seguirlo o servir a sus ideas no han hecho más que elevar el marxismo a los altares del doctrinalismo dogmático. Marx nos legó un método de análisis de la realidad social que permitía revolucionar esa misma realidad injusta.

Lamentablemente contra Marx y sus teorías no sólo se han

realizado brutales represiones desde los sectores más reaccionarios de la sociedad universal (desde los clásicos Hitler, Mussolini y Franco, hasta los modernos Pinochet, Somoza o Videla), sino que apoyándose de forma manipulada y tergiversada en sus ideas se han ahogado libertades y eliminado críticas. Siempre invocando su nombre como un demonio legitimador.

Contra Marx como un todo absoluto y con Marx también como un todo absoluto, se han practicado el despotismo y la tiranía, el fascismo y el totalitarismo.

Por eso Carlos Marx merece ser estudiado y asumido críticamente para que su figura y su obra cobren entre nosotros la dimensión precisa para que seamos capaces de rendirle sin sacralización un homenaje de reconocimiento.

Jamás podría el Partido Socialista renunciar a las ideas de Marx o abandonar sus valiosas aportaciones metodológicas y teóricas. Tampoco puede el socialismo asumir a Marx como un valor absoluto que marca la línea divisoria entre lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto. Asumir a Marx, como asumir a nuestros propios compañeros del pasado, significa recoger con sentido crítico su aportación a la lucha por la construcción de una sociedad nueva, tal como la que se define en la declaración de principios de nuestro Partido.

El XVIII Congreso del Partido se sitúa en el seno de una sociedad mucho más compleja que la que conocieron nuestros fundadores. Han cambiado las estructuras socio-económicas y han evolucionado las ideas en todos los terrenos. Las clases sociales son múltiples y los antagonismos de signo distinto a los de hace un siglo. Sobre esta sociedad, más compleja, más difícil, más desarrollada, estamos obligados a proyectar nuestro mensaje de cambio.

Podemos seguir diciendo que esta sociedad es injusta porque divide a sus miembros en clases desiguales y antagónicas. Podemos seguir aspirando a conquistar un ideal que convierta a los hombres en iguales, libres, dueños del fruto de su trabajo, honrados e inteligentes.

Sin riesgo de error podemos afirmar hoy, que algunas clases sociales siguen siendo como algunas naciones del mundo, dominantes. Que su dominación se basa en el control de la riqueza, de los bienes más importantes de la sociedad, de una buena parte de los bienes de la cultura y de la mayor parte o la totalidad del poder político. También podemos afirmar que este control se realiza en detrimento de otras clases sociales y de otras naciones de la tierra. Esas últimas y estos últimos constituyen clases y pueblos dominados y oprimidos económica, social, política o culturalmente. Son la mayoría los desposeídos en nuestro país y fuera de él y la minoría los que dominan.

Por consiguiente, teniendo en cuenta toda la complejidad de la sociedad actual que nos obliga a buscar cuáles son los factores de dominación y en qué se fundamenta la opresión y la marginación de los sectores mayoritarios de la sociedad, podemos y debemos seguir diciendo que el ideal socialista, de lucha por una libertad y por una igualdad reales entre los hombres y entre los pueblos, sigue teniendo, como hace un siglo, plena vigencia.

Nuestra tarea, pues, consiste en encontrar el proyecto con-

creto, desde el punto de vista económico, político, social y cultural que nos permita recorrer un trozo de camino hacia la meta propuesta. Ese proyecto será socialista si es capaz de incorporar en su propio seno a los sectores mayoritarios de la sociedad que en uno o en otro terreno siguen soportando la explotación, la marginación, o la dominación. Pero además de incorporar a estos sectores el proyecto debe comprometerlos con el cambio.

En definitiva, hoy como siempre, la tarea de los socialistas es encontrar una vía específica, sin dogmatismos y sin clichés preconcebidos, capaz de integrar a mujeres y a hombres, a jóvenes y a mayores, a trabajadores manuales o no, a profesionales y pequeños propietarios agrícolas o industriales, a sectores mayoritarios de los pueblos de España o de los pueblos del mundo en una lucha de liberación contra los factores de dominación económica, política o cultural que, dentro y fuera de nuestras fronteras impiden la plena realización de las libertades y obstaculizan el camino de la justicia y de la igualdad entre todos. Esto y nada más que esto es lo que define un proyecto socialista para la sociedad de nuestro tiempo.

Por ello asumimos críticamente nuestra propia historia, recogiendo todas las aportaciones que enriquecen nuestro pensamiento y nuestra acción, tenemos que ser capaces de actualizar en cada etapa histórica el mensaje socialista, manteniendo la identidad específica de nuestro socialismo y por tanto la vocación de llegar a la meta propuesta.

Ello obliga al XVIII Congreso a tener en cuenta y conocer la evolución de nuestro Partido y de nuestra sociedad, a estudiar con realismo la situación presente en toda su complejidad y a preparar y ofrecer ese proyecto capaz de movilizar a los distintos sectores de la sociedad, que componiendo una mayoría lo más amplia posible, se comprometan con la realización del cambio que deseamos. Esta tarea debe hacerse con rigor y frescura intelectual, sin dogmatismo ni posiciones que se anclen en el pasado. Sin renunciamentos ni abandonismos que falsifiquen nuestra identidad. Con capacidad, en fin, para dar respuesta a todos aquellos que pueden identificarse con un proyecto socialista.

La gestión

1. 1977-1978. Los años de la provisionalidad

Compañeras y compañeros delegados. Compañero Presidente. Voy a intentar brevemente completar el análisis de una gestión cuyo 90% conocéis desde hace semanas. Debo empezar por deciros que no tengo la intención de mostrarme autocomplacido por los resultados de esta gestión, porque mis deseos trascienden con mucho estos resultados, pero tampoco estoy dispuesto a hacer del análisis que acabamos de vivir un ejercicio de autoflagelación.

Creo que, como en toda tarea humana, ha habido aciertos y errores. Puestos en la balanza el resultado final me parece altamente positivo para nuestro partido y para nuestro pueblo. Esto es lo que define la evaluación de una gestión.

Si hubiera que destacar en una sola frase el acierto de la gestión basta comparar las metas inmediatas que nos propu-

simos en 1976 y el resultado obtenido en 1979. Si por el contrario, quisiéramos destacar el principal error, visto con la misma perspectiva histórica, bastaría con comprender que este resultado podría haber sido mejor y mayor que lo que es hoy.

Una muestra de lo negativo puede ofrecerse mediante la simple comparación de los resultados de las dos confrontaciones electorales habidas. En junio del 77 conseguimos incorporar en nuestro proyecto la confianza de un porcentaje de ciudadanos que se situaba en torno al 30%. Se trataba de una minoría muy importante, incluso espectacular dadas las condiciones de nuestra lucha. En marzo de 1979 no hemos logrado remontar ese porcentaje o lo hemos hecho de forma poco apreciable, con algunos descensos parciales peligrosos, pese a que el partido, como organización había pasado de tener 14 o 15 000 militantes en activo (teóricamente, claro), a disponer de casi 200 000. No hemos logrado, pues, en año y medio de lucha política, integrar a otros sectores de la sociedad en nuestro proyecto político.

Para mí sería cómodo ir señalando sólo los aspectos positivos de la gestión, tratando de darle un tono de cierta espectacularidad. Al fin y al cabo la tarea de los delegados que ocupen esa tribuna ha de ser necesariamente crítica, y podría cederos íntegramente este papel. Sin embargo, creo que honestamente, los dirigentes del partido estamos obligados a hacer un análisis autocrítico del camino recorrido.

Si alguien pudiera pensar que me induce a este planteamiento una posición puramente preventiva frente a las críticas, se equivoca radicalmente. He contemplado a muchos responsables políticos en las buenas y en las malas épocas, en el socialismo y fuera del socialismo, hacer análisis que tienden a ocultar los fallos y a magnificar los aciertos, que pretenden atribuirse todo lo que de positivo pueda ofrecerse y achacar a otros todo lo que de negativo pueda encontrar. Siempre me repugnó esa actitud cuyo objetivo es defender posiciones de poder o ambiciones personales.

Naturalmente puede decir legítimamente en esta tribuna, que hace cuatro años y medio asumí, por exclusión, porque no había otro que lo hiciera, la Primera Secretaría de este viejo partido. Podía incluso remontarme a los 10 años de responsabilidad ejecutiva que he mantenido en el partido, pero no voy a hacerlo.

Hace sólo cuatro años y medio nos reunimos en una pequeña localidad de los alrededores de París, en un local cedido por un Alcalde socialista invitado a este Congreso, unos centenares de delegados que representábamos a menos de 4 000 militantes situados mitad por mitad en el exilio y en la clandestinidad del interior de España. Esos eran nuestros efectivos. Sin que ello quiera decir que miles de socialistas en todos los pueblos de España no mantuvieran sus ideas y las defendieran en los círculos a los que podían llegar. Y sin que ello quiera decir tampoco que nosotros representáramos la totalidad de la lucha socialista que se libraba contra la dictadura. Valiosos compañeros que hoy se reúnen con nosotros en este Congreso, y tal vez algunos que no hemos conseguido que estén, luchaban en el entonces Partido Socialista Popular, en el Partido Socialista de Catalunya o en lo que después sería Fe-

deración de Partidos Socialistas. Ellos enriquecían la lucha socialista y han significado en el proceso de unidad una aportación clave para la recuperación del socialismo histórico.

Dos años más tarde, en diciembre de 1976, lográbamos reunirnos por primera vez en varios decenios en el interior de nuestro país. Aunque nuestros efectivos habían aumentado de forma considerable, si se tiene en cuenta la difícil situación que aún estábamos viviendo, lo cierto es que los reunidos en el XVII Congreso eran menos que los concejales que hoy representan al Partido en miles de municipios. El Partido había salido materialmente de la clandestinidad, pero seguía siendo considerado una organización ilegal. Por tanto miles de ciudadanos seguían temiendo la incorporación a una organización que producía riesgos personales y creaba inquietudes. La situación era, pues, la de varios miles de socialistas con las siglas y la tradición de un partido, que constituían la décima parte de los compañeros hoy representados en el XVIII Congreso, que celebraban un Congreso de una organización todavía ilegal y pertenecían a un partido que aún no había podido demostrar ni su capacidad de penetración en el pueblo ni su potencialidad electoral, ni por tanto, su representatividad real. En cierta forma éramos una sigla más en aquel bosque que poblaba nuestra geografía política, que se establecía como una voz más entre las que componían los famosos organismos de coordinación de las distintas fuerzas democráticas.

Eso era lo que teníamos en las manos. Con ello teníamos que afrontar una difícil y compleja tarea consistente, sobre todo, en la liquidación de la institucionalidad de la dictadura y en la transformación de una realidad autoritaria en una realidad democrática.

Hoy entregamos al XVIII Congreso un Partido con doscientos mil militantes, aunque no todos tengan derecho a estar representados en este acto por razones estatutarias, que no por nuestra voluntad como algunos ignorantes o mal intencionados han pretendido hacer ver.

Entregamos un Partido respaldado por cinco millones y medio de votos, que representan la confianza frente a multitud de manipulaciones y votos de miedo, que un sector importante de la población española ha depositado en él, designando a ciento veintinueve Diputados y setenta Senadores y convirtiéndonos durante el periodo constituyente y en el actual periodo en la fuerza principal de la izquierda y en la más sólida expectativa de cambio progresista para esta sociedad.

Entregamos una organización en la que se incardinan miles de concejales y alcaldes socialistas, que enfrentan la gran responsabilidad de dirigir la vida de los municipios más importantes de España.

Así podría enumerar los factores que hacen realidad la afirmación de que, viéndolo con perspectiva histórica no sólo desde la óptica de una gestión de dos años y medio, el Partido Socialista ha dado el salto cuantitativo y cualitativo más importante de su vida.

Pero esos son los datos internos de nuestra organización como tal y de su inserción en el entorno social. La tarea también puede y debe ser analizada desde el punto de vista del conjunto de la sociedad que nos encontramos en diciembre

de 1976 y la que ahora tenemos, y desde nuestra incidencia en la política internacional.

La España de 1976 era todavía institucionalmente autocrática. Pese a la muerte del dictador un año antes, la estructura dictatorial se mantenía prácticamente sin tocar y las libertades más elementales no estaban garantizadas desde el punto de vista legal. Desde entonces hasta hoy se han producido dos elecciones generales y unas locales. Se ha elaborado y aprobado una Constitución Democrática en la que se recogen los derechos y libertades fundamentales de las personas y de las colectividades; en la que se reconoce la realidad plurinacional y plurirregional de España y se crean los cauces para dar al Estado una nueva estructura. En este texto constitucional se posibilita la alternancia en el Gobierno de las distintas opciones políticas y su articulado permite que desde el poder político se realice un programa socialista de Gobierno.

Esta Constitución aceptada como texto básico que regula la convivencia en libertad de todos los ciudadanos y pueblos de España, constituye para el Partido Socialista, fuerza progresista en la iniciativa constituyente y en su contenido definitivo, el cauce a través del cual se canalizarán nuestras acciones transformadoras.

Debemos decir públicamente que para nosotros será una cuestión de principios la defensa de esta Constitución desde el principio al fin de su articulado como garantía de convivencia en paz de los ciudadanos y de los pueblos que integran España.

Manteniendo nuestra identidad como partido y los elementos básicos que definen nuestra acción histórica y presente, los socialistas se comprometen a respetar y defender la Constitución.

En todo proceso de liquidación de la dictadura y de conquista de las libertades, el Partido Socialista ha tenido desde el comienzo al fin un papel de indudable trascendencia que reconocen propios y extraños, que merece la atención y el respeto de muchas personas y organizaciones dentro y fuera de nuestras propias fronteras.

Esta transformación democrática que ha soportado las corrientes de una Ley para la Reforma Política que no nos gustaba y hemos debido superar y de una relación de fuerzas que, por las circunstancias históricas que no nos resultaba favorable, forma parte del haber político de un esfuerzo de gestión importante.

En el mundo internacional nuestra presencia ha pasado de ser la propia de un partido clandestino, cuya representatividad era siempre y lógicamente puesta en cuestión, a la de una organización política con fuerte capacidad de implantación en el pueblo que ha iniciado con absoluta nitidez en todas las posiciones internacionales del Estado.

La política sobre el Magreb y particularmente sobre la cuestión Saharaui se acerca cada vez más a la posición que hemos defendido vigorosamente durante estos dos años.

La política de integración europea, de la que el partido ha sido pionero en épocas anteriores y en el presente está asumiendo por todas las fuerzas políticas.

Nuestra vocación de neutralidad en el juego militar de blo-

ques, ha mantenido el statu quo impidiendo una vinculación peligrosa de nuestro país al Pacto Atlántico.

Nuestro acercamiento a América Latina ha servido de espolón para una aproximación más rigurosa de nuestro país al continente Iberoamericano y ha creado lazos de solidaridad y apoyo mutuo con todos los partidos y movimientos progresistas de esa importante parte del mundo.

Hemos desbloqueado las relaciones con países y partidos a los que durante años no había llegado la acción diplomática de España.

Hemos, en fin, definido un proyecto político internacional, coherente con nuestras posiciones internas, que ha sido asumido en su gran parte por todos los demás, o ha matizado de manera importante las posiciones que se contraponían a las nuestras.

Debemos en el futuro mantener firmemente nuestras posiciones porque son muchos los que más allá de nuestras fronteras creen que nuestra labor puede ser importante para ellos y su futuro, y porque estamos convencidos de que la dimensión de un proyecto socialista o es internacional o significa muy poco.

Pero todos estos datos que podrían componer, junto a otros muchos ya citados en la memoria de gestión, el saldo positivo de la tarea realizada, deben ser contrapuestos con otros que reflejan los errores cometidos y los condicionamientos que la realidad ha impuesto a nuestro propio proyecto político.

A partir de las elecciones del 15 de junio el Partido definió una estrategia lógica de alternativa de poder. El lugar que ocupábamos en el espectro político y el resultado de las elecciones así lo aconsejaban.

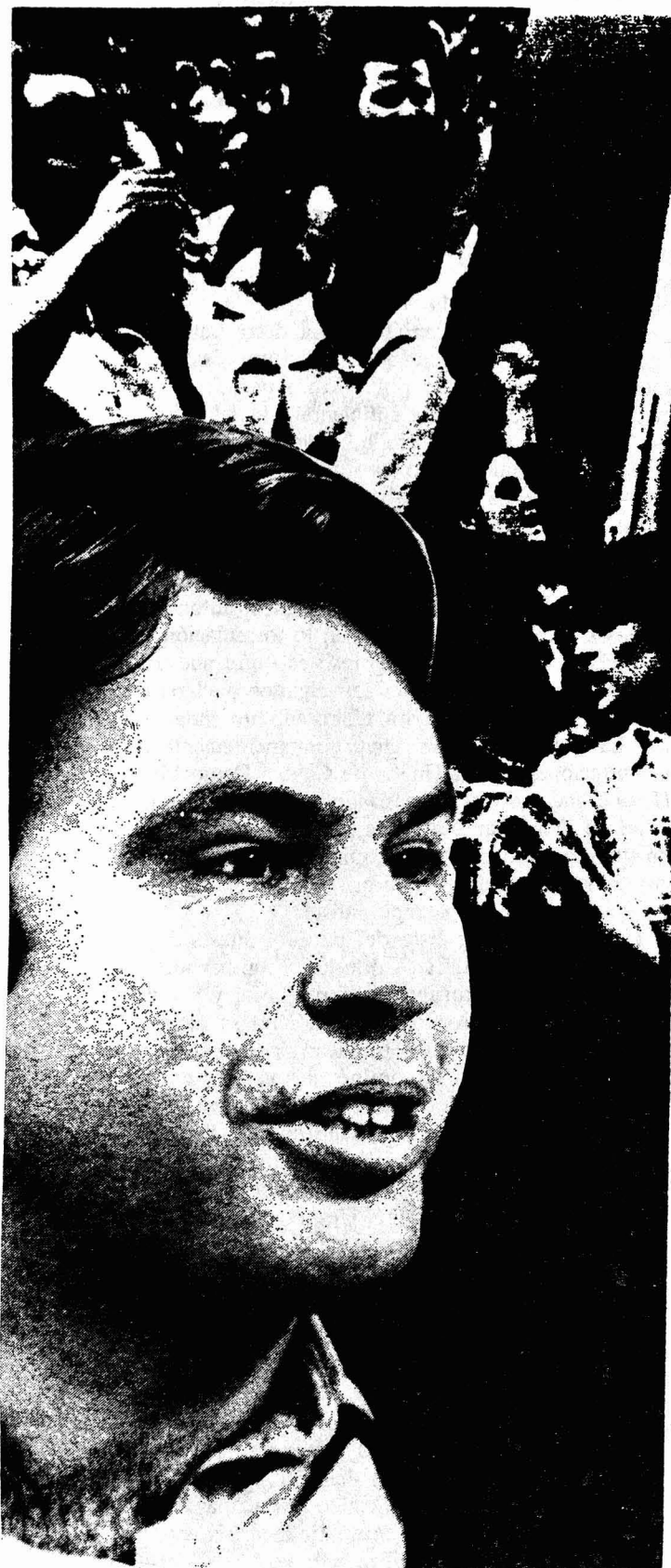
A los pocos meses, como un corrector importante de esa estrategia política de alternativa, se producen los Acuerdos de la Moncloa, que constituyen la expresión en materia socio-económica de la política de acuerdos que había empezado a llevarse en materia constitucional.

La llamada política de consenso ha marcado toda la etapa de provisionalidad democrática. No era exactamente la política que los socialistas habíamos deseado, pero todavía hoy pienso que era la actuación que las circunstancias históricas imponían al Partido Socialista, en beneficio de toda la sociedad española. El consenso, pues, no es un error histórico sino más bien un acierto.

No obstante esta política de consenso ha tenido más costes que los que necesariamente debiera haber tenido para el Partido Socialista.

Estos costes son los propios de la realización de una política de austeridad en un momento de crisis, sin los beneficios que genera el haber controlado el poder político en todo o en parte.

Pero habida cuenta la dificultad de una hipotética participación en el poder ejecutivo —no deseada por el partido— y la conciencia del coste que ello iba a significar para nosotros, el error fundamental consistió, a mi juicio, en no haber sido más exigentes en las contrapartidas y en su cumplimiento. Dicho en otros términos, la firma de acuerdos políticos y económicos con el Gobierno, vista con una cierta perspectiva histórica, nos habría permitido acelerar el proceso de cambio político y socio-económico. Por ejemplo, las elecciones muni-



cipales deberían haber formado parte del paquete de negociación, evitando así un retraso intencionado por parte de la derecha, que ha perjudicado seriamente al Partido Socialista. Las reformas socio-económicas deberían haberse exigido con mayor presión social.

En líneas generales puede decirse que hemos legitimado la política gubernamental, sin haber exigido las contrapartidas necesarias como para que el avance de la izquierda hubiera sido más eficaz.

Si quieren hemos confiado en un gobierno que no merecía esa confianza, como lo demuestra el hecho de que no cumpliera la mayor parte de las contrapartidas previstas en los Acuerdos de la Moncloa y menos aún los compromisos a que había llegado con el pueblo y con los partidos, sin constancia documental.

Es verdad que paralelamente a este error, y complementariamente, hemos cometido otro de una gran importancia estratégica. Atenazados por la preocupación de un tránsito político extraordinariamente difícil y delicado, cargado de tensiones y de amenazas, no hemos sabido incorporar al pueblo, a través de la movilización, a través de una explicación permanente que produjera entusiasmo y colaboración, a la construcción de la nueva democracia y al cumplimiento de los programas pactados. El precio lo hemos pagado sobre todo en el incremento de la abstención y en el despegue de un considerable sector de la sociedad del proceso de cambio.

Además la derecha económica y financiera, más desguarnecida que nunca a la muerte del dictador, ha recuperado una prepotencia que no está en consonancia con los deseos mayoritarios de la sociedad, al mismo tiempo que algunos residuos de la época anterior han cobrado una importancia en la sociedad que tampoco está en relación con los resultados electorales.

Por supuesto que no somos los únicos responsables. Ni siquiera los principales. Es claro que el Gobierno no quería, como representante de los intereses de la derecha, esa incorporación social al proceso. También lo es que otras formaciones políticas parlamentarias han hecho una política desmovilizadora y han pretendido prolongar esa atonía social, a través de nuevos compromisos para los próximos años.

Pero estamos tratando de analizar nuestro comportamiento y nuestros fallos, no el de los otros.

Mucho podríamos decir del papel negativo para la democracia que han jugado los medios de comunicación en poder del Estado y especialmente la manipulación que el Gobierno ha realizado sobre la TVE. Pero ello no nos exime de no haber realizado suficiente esfuerzo para que los sectores sociales que habían depositado la confianza en nosotros se sintieran más vinculados al cambio político y cooperaran con más entusiasmo.

Además de ello es necesario referirse a las deficiencias de atención de nuestra propia organización que se han producido en los últimos dos años.

El partido estaba pensado en su estructura y en su funcionamiento para una práctica política fundamental distinta de la que ha debido realizar en este periodo. La configuración actual de la dirección contempla mucho más el interés de la

organización, que la proyección de la misma hacia la sociedad en su conjunto. Sin embargo, esa misma dirección, desde la Secretaría de Juventudes, pasando por la de Formación o la de Emigración o la de Organización o la de Propaganda, hasta la Primera Secretaría ha tenido que volcar la mayor parte de su actuación a la atención de actividades externas con intensidad y ritmo agobiante. Esto se ha producido en detrimento de la atención necesaria de una organización en crisis permanente de crecimiento, sin que tampoco haya permitido atender a todos los sectores sociales que un partido como el nuestro debe atender para mantener su vigor y su carácter transformador.

No siendo nosotros de aquellos que se satisfacen con el esfuerzo realizado (y creo que este ha sido inmenso), ni tampoco de los que se complacen en presentar los resultados como los mejores, sean estos cuales sean, tenemos la obligación de indagar dónde están los fallos que no nos han permitido estar a la altura que las circunstancias exigían de nuestro partido, con el afán de corregirlos y de superarlos, con el deseo de cambiar y modificar todo lo que sea necesario, para que el Partido Socialista responda ante el pueblo y ante sí mismo al reto histórico que afronta.

Si se tiene en cuenta de dónde venimos y dónde nos encontramos, tal vez se pueda concluir que ha resultado muy difícil llegar a más. Si se tiene en cuenta qué es lo que la sociedad esperaba y espera de nosotros, como organización política clave para el asentamiento de la democracia y protagonista principal de una esperanza de cambio social, económica, cultural y político, debemos concluir que no hemos cubierto las expectativas creadas.

Algunas palabras más debo decir, intentando no extenderme demasiado, en relación con el mundo del trabajo, de la cultura y con el tema autonómico.

El proceso político español ha tenido entre otras singularidades la de anticipar la recuperación de las libertades políticas a la recuperación de las libertades sindicales. Sin embargo, el protagonismo en la lucha contra el esquema dictatorial anterior, ha correspondido en mucha mayor medida a las fuerzas sindicales que a las propias fuerzas políticas, de tal manera que cuando aún se mantenían intactas las instituciones políticas del franquismo, la presión de las fuerzas sociales había reducido a un esquema vacío de contenido todo el tinglado de los sindicatos verticales.

Esta situación ha producido un doble efecto de carácter positivo y negativo al mismo tiempo para los socialistas. Positivo porque la fuerte implantación socialista que genera el proceso electoral del 15 de junio tuvo un arrastre extraordinariamente beneficioso para el desarrollo de la Unión General de Trabajadores, que previsiblemente no hubiera tenido lugar en el supuesto de que las elecciones sindicales hubieran precedido a las elecciones políticas. Negativo, porque la dinámica política acaparó la atención de la mayor parte de los cuadros y militantes socialistas y relegó a un segundo término la militancia sindical, creando una situación de vacío parcial en el seno de la Unión General de Trabajadores.

Pese a los esfuerzos que hemos ido realizando a lo largo de estos meses debemos concluir que no ha calado suficien-

temente en la conciencia de los militantes del partido la necesidad de prestar mayor atención y dedicación a la lucha sindical. Es más, hasta el pasado otoño la estrategia sindical del Partido Socialista no existía, por cuanto que se limitaba al apoyo sin más de la Unión General de Trabajadores; sin que desde el partido se haya estudiado hasta ese momento o se haya profundizado hasta hoy mismo, una estrategia sindical que abarque nuestra labor en el mundo del trabajo tanto en relación con nuestra actividad en el seno de la Unión General de Trabajadores como nuestra atención a los problemas globales del movimiento sindical y de los trabajadores de los distintos sectores de la sociedad española.

Al hilo de esta reflexión cabría decir también que pese a la simpatía que del mundo de la cultura sienten por las ideas socialistas en general, y por nuestro partido en particular, no hemos dedicado atención suficiente a la relación con este sector importante de la sociedad, que no sólo es un factor de creación de opinión, sino que al mismo tiempo se ha convertido en uno de los principales factores de cambio socio-político.

En el tema autonómico el Partido Socialista ha tenido un protagonismo importante aunque no suficientemente conocido por el conjunto de la sociedad. El fallo, pues, no está en la actitud del partido ante los procesos autonómicos, porque hemos sido elemento decisivo en la formulación constitucional de dicho tema, sino en el escaso eco que nuestra posición ha tenido en algunos lugares o en algunos pueblos de España.

El Partido Socialista ha elaborado un modelo autonómico que ha tenido que enfrentarse permanentemente a los recortes y limitaciones que la Unión de Centro Democrático pretendía. Hemos encarado el proceso autonómico con una responsabilidad de Estado que, a veces, ha producido un fuerte desgaste de nuestro partido ante la opinión pública, frente a las posiciones ambiguas del Gobierno y a las demagogias de algunos grupos nacionalistas o regionalistas.

La vocación federalista del partido, puesta de manifiesto en todos los debates políticos que han acompañado a la fase previa al proceso electoral del 15 de junio, y a toda la elaboración del nuevo texto constitucional no se ha trasladado suficientemente a la opinión pública, sin embargo, será valorado históricamente como el camino más serio y consecuente hacia la nueva estructuración del Estado.

En definitiva, el partido tiene que asumir que el mantenimiento de una estrategia política rigurosa, al margen del grado de acierto que ésta comporte, tiene por sí misma unos costes que es necesario asumir. No es posible variar las posiciones estratégicas según el viento de la coyuntura que sople sin arriesgar la credibilidad en el medio y en el largo plazo de un proyecto político serio.

La situación actual

El breve análisis de errores y aciertos cometidos a lo largo de los años 77 y 78 debe de completarse con el de los acontecimientos ocurridos en los meses transcurridos de 1979.

Desde los últimos meses del año 78 el Gobierno ha aparecido ante la opinión pública como incapaz de llevar adelante iniciativas eficaces para combatir la crisis económica y la degradación del orden público.



A mi juicio la falta de una política gubernamental clara ante los problemas más graves que vienen acuciando a nuestro país, es la consecuencia lógica de la decisión del Partido Socialista de liquidar la política consensual a partir de la aprobación de la Constitución de la finalización del periodo de acuerdos políticos económicos.

Así el año 79 aparece con unas características perfectamente definidas y sentidas en todos los niveles de la opinión pública.

En primer lugar, existe la impresión de una parálisis política general.

En segundo lugar, la situación económica continúa deteriorándose sin que aparezcan ni iniciativas claras ni programas concretos que orienten la lucha por la recuperación.

En tercer lugar, el orden público —terrorismo y delincuencia— continúa degradándose día a día.

La decisión socialista de acabar con la política de consenso obligó al equipo gobernante a realizar la convocatoria de elecciones generales.

Tanto la celeridad de la convocatoria como la anticipación de estas elecciones a las elecciones locales, mostraban el temor del gobierno a una posible derrota al mismo tiempo que su incapacidad para sostener la situación creada tras la aprobación de la Constitución, que lo forzaba a gobernar sin consenso.

Esta decisión abría un cierto compás de espera que permitía dar una explicación a las faltas de iniciativas gubernamentales frente a los principales problemas que agobian a nuestro país.

Las elecciones del 1 de marzo y sus resultados

Ya tuve ocasión de ofrecer una primera impresión de los resultados electorales del 1 de marzo en un documento ampliamente distribuido por las Agrupaciones del partido. Ahora sólo quiero recordar de aquella explicación una evaluación que el tiempo ha empezado a confirmar como cierta. El resultado de las elecciones del 1 de marzo no significaron, para UCD, el triunfo que los medios de comunicación transmitieron a la opinión pública, ni justificaban el triunfalismo de la derecha (recuérdese la espectacular subida de la bolsa), ni tampoco el derrotismo de algunos sectores de nuestro partido.

Es cierto que estas elecciones no confirmaron las expectativas creadas por nuestro partido, pero también es cierto que el gobierno de Suárez apenas conseguía mantener su continuidad como minoría mayoritaria.

Considerándolo con rigor, el proceso electoral del 1 de marzo supuso un ligerísimo avance para los partidos de izquierda, tanto el socialista como el comunista, lo cual suponía estar por debajo de las expectativas.

Al mismo tiempo, algunos grupos nacionalistas y regionalistas dieron un salto cuantitativo y cualitativo considerable, en detrimento fundamentalmente, aunque no exclusivamente, de nuestro partido y con ocupación, en el caso del País Vasco de la calle (a lo que se suma la especial significación de apoyo al terrorismo que supone el triunfo de Herri Batasuna).

La Unión de Centro Democrático ha mantenido sus posiciones mediante una clara traslación de espacio hacia la dere-

cha, que supone la liquidación de la Coalición Democrática. A ello hay que sumar el crecimiento más cualitativo que cuantitativo de la extrema derecha, que está contribuyendo a alterar seriamente el clima del orden público y que, ante la debilidad del Gobierno, gana cada día más posiciones callejeras.

De este cuadro resulta un Gobierno de minoría mayoritaria, que con los beneficios derechistas de la Ley electoral, vive con el débil apoyo de los diputados de la Coalición Democrática y eventualmente de algún grupo regionalista.

Dos meses después del aparente "triunfo espectacular de UCD" las euforias derechistas se han acabado y el Gobierno aparece ante todos, incluidos sus más fieles sostenedores de la oligarquía, como un Gobierno incapaz de resistir un debate parlamentario, de ofrecer un programa coherente de actuación económica, o un cauce que permita la negociación de empresarios y trabajadores incapaz de combatir los excesos callejeros de las bandas fascistas, de frenar con eficacia el incremento de la delincuencia y de liquidar las acciones terroristas.

Los juegos florales del triunfo electoral han desaparecido antes de iniciarse una mínima tarea de Gobierno.

Las elecciones del 3 de abril y sus resultados

Desde el punto de vista socialista podría hacerse una valoración semejante del resultado de las elecciones del 3 de abril, que la que acabamos de hacer para la Unión de Centro Democrático de las elecciones generales. Comprendo que ello pueda resultar duro de oír para los delegados a este Congreso, e incluso escandaloso para algunos medios de comunicación. Pero así como el 2 de marzo tuve ya la impresión, que acabo de transmitir, de que no había habido la derrota que se pretendía hacer ver para los socialistas, el 4 de abril pensé asimismo que el triunfo que se mostraba de nuestro partido y de la izquierda en las elecciones locales no debía sobrestimarse.

Es cierto que la relativa mayoría obtenida a través de la conjunción de esfuerzos entre diversos partidos políticos progresistas, suponía llevar al poder local a miles de concejales y alcaldes socialistas. Suponía la oportunidad de crear un contrapoder municipal frente al dominio del poder ejecutivo por parte de la derecha. Suponía, en fin, la oportunidad de reafirmar a través de los ayuntamientos, una acción política, económica y social, capaz de integrar a una buena parte de los ciudadanos en la lucha por el cambio. El reto está abierto. Un mes después de la toma de posesión de los nuevos ayuntamientos, tras cuarenta años de estructuras autoritarias de poder local, podemos permitirnos un gran optimismo sobre las posibilidades de la estrategia municipal.

Pero objetivamente es necesario asumir la doble realidad que acabo de describir: que las elecciones generales no fueron un triunfo para UCD aunque les permitiera seguir controlando el poder central, y que las elecciones municipales no son un triunfo socialista aunque nos permita desarrollar una acción de indudable trascendencia para el futuro de nuestro partido y de nuestro pueblo.

Si situamos las cosas en estos parámetros podremos aproximarnos con acierto, a la doble estrategia de oposición y de poder que el partido tiene que encarar para los años próximos.

Esta estrategia debe seguir siendo específicamente socialista y por consiguiente, autónoma. Debe ser a mi juicio flexible para no crear cortapisas que la realidad nos obligue a derribar contra la voluntad soberana del Congreso.

Nada está seguro ni afirmado definitivamente para este período de consolidación de la democracia. La fragilidad, la ambigüedad y la inoperancia gubernamentales pueden producir efectos imprevistos en un plazo inferior al de la legislatura. La falta de experiencia de la izquierda y la animadversión de la derecha desde el poder central pueden crear dificultades de difícil superación en nuestra lucha municipal.

Los grandes problemas actuales

Con una situación como la que acabamos de describir brevemente y disponiendo de una Constitución democráticamente elaborada y aceptada por todos, debemos estudiar los problemas que enfrenta nuestro país en estos momentos a nivel económico, político y social.

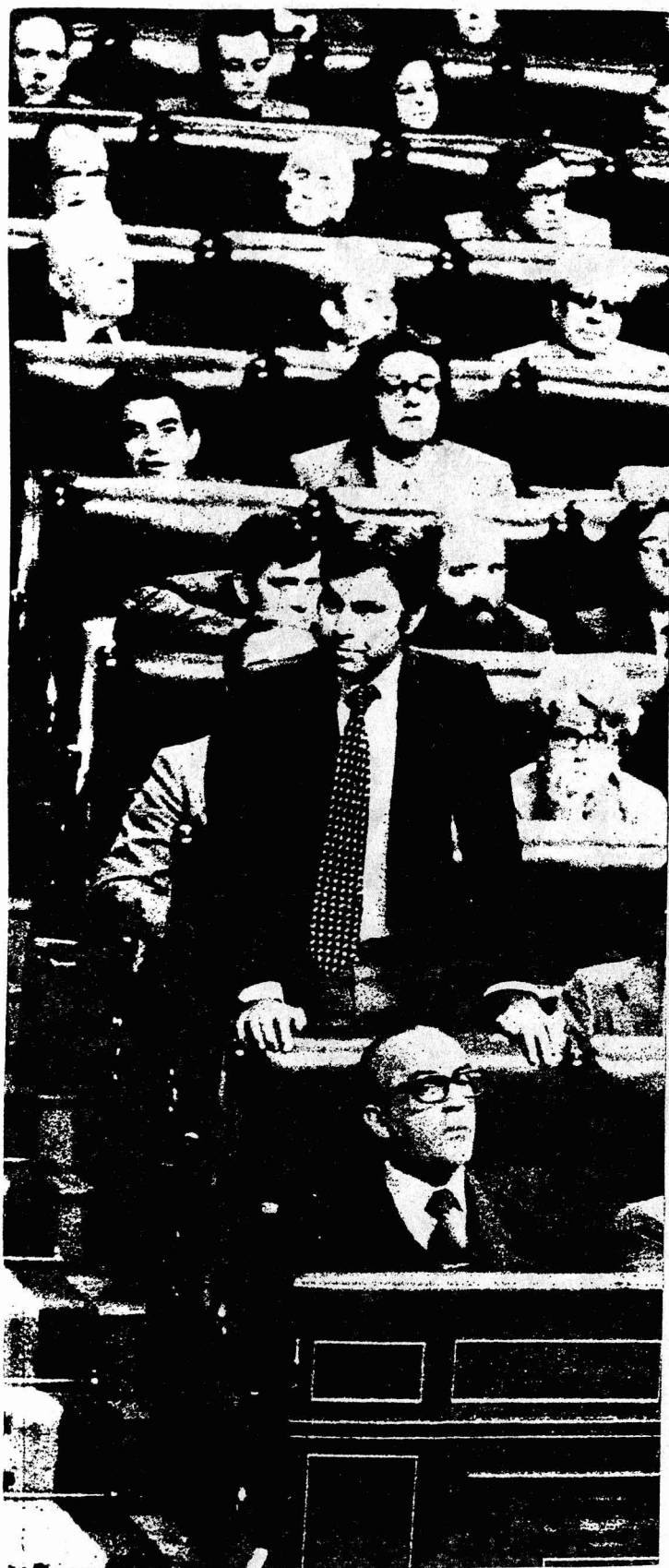
A mi juicio el principal problema que define el panorama actual sigue siendo el de la crisis económica. Salvo en materia fiscal, las contrapartidas contempladas por los Acuerdos de la Moncloa, no han sido en su mayor parte cumplidas y por tanto nuestro sistema económico sigue necesitando no sólo reformas profundas sino una modernización que los saque de las deficiencias estructurales heredadas del pasado.

Frente a la crisis, la idea central de la derecha, aunque no concretada en programa, sigue siendo la lucha prioritaria contra la inflación. Entre tanto el paro, que se incrementó en doscientas cincuenta mil personas el pasado año, amenaza con seguir aumentando en una proporción semejante para el año 1979. Y ello sin la contrapartida de una disminución del proceso inflacionista dentro de los límites previstos por el Gobierno.

Esta situación de incremento del paro, de desapariciones de multitud de empresas en todos los rincones del país, de paralización de grandes sectores públicos o privados necesitados de reestructuración, está contribuyendo poderosamente a crear un clima de desánimo en la inversión y a algo aún más grave: a crear un gran deterioro de la situación social que margina cada día a mayor número de jóvenes incitándolos a la desesperación y a la delincuencia.

El segundo problema que atenaza la conciencia ciudadana, ligado en parte al anterior, es el incremento de la delincuencia y de la violencia callejera. Las calles de las más importantes ciudades españolas se han convertido en peligrosas para el ciudadano medio. Ello genera inseguridad y desconfianza altamente peligrosas para el desarrollo de la nueva democracia. Sin duda el terrorismo es un factor de importancia capital que exaspera la conciencia de algunos sectores de la sociedad y ponen de manifiesto la falta de autoridad en el régimen democrático recién instaurado.

Las relaciones industriales constituyen otro de los grandes problemas que esta sociedad debe afrontar y resolver con urgencia. Dos años después de iniciada la experiencia democrática, los sindicatos siguen siendo frágiles y la patronal no tiene interlocutores válidos y definidos. La ceguera del Gobierno es de tal magnitud que no sólo pone obstáculos a la



potenciación de las estructuras sindicales negándoles el pan y la sal, sino que, ausentes por completo del mundo del trabajo y poco presentes entre los sectores empresariales, llega a proponer un estatuto de los trabajadores sin contar en absoluto con las partes sociales afectadas.

Ni un solo país democrático funciona equilibradamente sin la presencia de fuertes organizaciones sindicales, con sólidas infraestructuras de prestación de servicios y válidos interlocutores patronales. Ninguna democracia se mantiene sin cauces precisos para la negociación y la confrontación de los intereses sociales contrapuestos.

Capítulo aparte merece en esta breve consideración sobre los problemas más acuciantes del momento actual el desarrollo constitucional referido básicamente a los estatutos de autonomía.

Además de establecer las prioridades lógicas que el desarrollo de la Constitución exige, de leyes orgánicas o de otro rango, el Parlamento debe afrontar con el mayor rigor posible el desarrollo de las autonomías.

No vale seguir haciendo una política de parcheo como la iniciada hasta ahora por el Gobierno. Es imprescindible iniciar la construcción de un nuevo Estado con decisión y sin demagogias.

Todo el mundo debe comprender que el proceso autonómico es necesario y beneficioso para la profundización de la democracia y para el respeto de nuestra realidad plurirregional y plurinacional.

Todo el mundo debe comprender asimismo que todas las comunidades autónomas tienen iguales derechos, aunque ello no signifique que deban igualarse realidades diferenciadas. El equilibrio entre el derecho a la igualdad y el derecho a la diferencia, pasa ineludiblemente por la ausencia de privilegios de unas comunidades respecto de otras. La vocación federalista del partido puede y debe ser un estímulo para el desarrollo de las autonomías y un cauce para que, a partir de la Constitución, este desarrollo se realice sin privilegios lacerantes.

Nadie duda que existen prioridades temporales, pero ello no significa que haya preferencias de fondo. Nadie niega que el grado de conciencia de cada comunidad sea diferente y que por consiguiente el ritmo de asunción de competencias debe ser también diverso. Pero el techo debe ser idéntico para todos e irse cubriendo, no por imposiciones centralistas, sino por imperativos regionales o de nacionalidad.

Otros muchos aspectos habrían de contemplarse en un análisis crítico de la sociedad actual: la manipulación de los medios de comunicación estatales, la despreocupación por el mundo de la cultura y su falta de promoción, las graves deficiencias educativas y sanitarias, la falta de más de tres millones de viviendas, etc. etc. deberían ser tenidas en cuenta y estudiadas por el Congreso en sus resoluciones. Pero desde esta tribuna, he querido poner de manifiesto los más graves problemas que atenazan la conciencia ciudadana, creando inquietud, desconfianza en las instituciones, despegue del proceso democrático, y, en definitiva, contribuyendo a crear un caldo de cultivo en el que se fortalezcan las posiciones más reaccionarias de la derecha y las tentaciones autoritarias. Sin caer en el dramatismo, es imprescindible señalar los peligros a tiempo

y poner en marcha el máximo esfuerzo para afrontar con vigor y entusiasmo la solución de estos problemas creando una nueva dinámica de cambio.

El XXVIII Congreso tiene como misión proyectar la estrategia del partido para los próximos dos o tres años. Debe hacerlo estableciendo las prioridades y los campos de acción en función de la gravedad de los problemas y de la complejidad de los sectores sociales, económicos y culturales sobre los que nuestra acción tiene que incidir.

Afrontar la crisis económica desde una óptica socialista significa sobre todo luchar por todos los medios contra el paro que azota a más de un millón de ciudadanos, de los que casi la mitad son jóvenes de ambos sexos y un porcentaje semejante no tienen siquiera la cobertura del desempleo. Ello no contradice una cierta orientación hacia la austeridad que permita controlar el proceso inflacionista, y que defienda la supervivencia de sectores empresariales en crisis, al tiempo que defienda con fuerza los intereses de pequeños y medianos empresarios. Deben estudiarse mecanismos de disminución de jornada, de incremento de la inversión pública, en escuelas, viviendas y centros sanitarios, de créditos razonables a las PYMES y a los nuevos inversores, de desgravaciones fiscales a las contrataciones de jóvenes, y a la creación de puestos de trabajo en general.

Los militantes socialistas tienen que incrementar su acción sindical en el seno de la Unión General de Trabajadores, intentando fortalecer su estructura y ampliar su abanico representativo a sectores de trabajadores que por su cualidad de cuadros medios o por su trabajo en actividades funcionariales o de servicio no se sienten integrados en el movimiento sindical. Asimismo el partido debe desarrollar una estrategia sindical propia, que extienda su campo de atención a toda la clase trabajadora y que permita apoyar las iniciativas coincidentes con esa estrategia, sean cuales sean los colectivos de trabajadores que las promuevan.

Dotar al mundo del trabajo de sólidas estructuras y facilitar cauces de defensa de sus derechos deben ser tareas de especial preocupación para el Partido Socialista.

Debemos concentrar nuestro esfuerzo en la conquista de un clima de paz ciudadana que permita la profundización de la democracia y elimine las tensiones involutivas.

En la próxima etapa se hace necesario sectorializar la actividad del Partido para dedicar equipos de trabajo y desarrollar programas de acción entre los jóvenes, los emigrantes, las mujeres, los ancianos, los agricultores, los pequeños y medianos empresarios, etcétera.

También, como he dicho a lo largo de esta intervención, tenemos que promocionar el desarrollo de la cultura desde nuestras posibilidades como Partido. Hasta ahora no hemos logrado dinamizar toda la afluencia de simpatía que una gran cantidad de intelectuales, investigadores, literatos y artistas nos han dedicado.

Todo ello exige no sólo la conjunción de múltiples estrategias a nivel parlamentario, a nivel municipal, a nivel sindical, o a niveles sectoriales diversos, sino a la puesta a punto de la organización para que ésta sea capaz de movilizar a amplios sectores de la sociedad por la conquista de estos objetivos.



Desde la derecha se tiene siempre una visión alicorta y asustadiza de la lucha democrática. Se emplean resortes de poder más o menos ocultos y se estimula el miedo para aprovecharse de él.

Desde la izquierda tenemos la obligación de utilizar todos los derechos y todos los cauces que la Constitución permite para eliminar el miedo e incorporar dinámicamente a la mayor parte de la sociedad a una lucha sostenida por un cambio profundo de las estructuras de dominación en todos los campos.

Estamos en buenas condiciones para hacerlo puesto que contamos con importantes parcelas de poder parlamentario, municipal y sindical, y con un grado suficiente de credibilidad y de apoyo popular para avanzar con fuerza.

La organización tiene que ponerse a punto. Desde la más pequeña estructura de base hasta el Comité Federal y la Comisión Ejecutiva, toda ella debe adaptarse a un funcionamiento a la vez democrático y eficaz, riguroso y abierto a la sociedad.

Hay trabajo para todos. Como ocurrió siempre a lo largo de un siglo de historia, sea cuales fueren los pasos recorridos, el trabajo se incrementa cada día porque la meta continúa distante.

Este Congreso, ordinario por su carácter y extraordinario por la circunstancia histórica en que se celebra, tiene la obligación de ofrecer a esta sociedad un ejemplo de lucha democrática por la construcción del socialismo.

Si lo conseguimos, habremos sido capaces de rendir el homenaje que merecen los centenares de miles de compañeros que nos precedieron en esta lucha.

Si lo conseguimos, estaremos a la altura de las expectativas que importantes sectores sociales han depositado en nosotros.

Si lo conseguimos, habremos frustrado a la derecha que espera vernos divididos y enfrentados y a aquellos que desde fuera de nuestra casa pretenden moldearnos a su gusto y medida.

Si lo conseguimos, la libertad y la igualdad serán cada día más reales por el camino de la justicia y la solidaridad.

II. LA CRÍTICA Y LA ÉTICA: ARMAS PARA MILITAR

Me van a perdonar que martirice sus estómagos durante un rato, porque ya es demasiado tarde. Quiero empezar por decirles en qué condición os hablo. En este partido los miembros de la Comisión Ejecutiva tienen unos pocos privilegios cuando dejan de serlo; uno de ellos es hacer uso de la palabra sin que suponga consumir un turno. No tienen limitación de tiempo, sino tienen que consumir turno y por eso voy a tratar de extenderme.

Quisiera que vierais en mí en este momento al militante Felipe González, miembro del Partido Socialista durante unos cuantos años. Pero de ninguna manera al que fue secretario general de este partido; sólo al militante Felipe González.

Ha habido muchos compañeros en esta sala, muchos, que han apoyado mi gestión y la gestión del equipo que conmigo trabajó solidariamente durante esta difícil etapa. A ellos, todo

mi agradecimiento y todo mi reconocimiento a todos los compañeros y compañeras que la rechazaron, que la criticaron y a aquellos que se abstuvieron porque no tenían claro cuál era la decisión que tenían que tomar. Os lo agradezco tan sinceramente como todas las muestras de afecto que he recibido a lo largo de esta mañana y también ayer. Algunas hechas con un profundo sentido del humor, al mismo tiempo que de la responsabilidad y de la seriedad que supone un congreso.

Me vais a permitir que os diga que yo reflexiono muy seriamente las cosas, que nunca he sido un junco que mueve el viento en la dirección que sopla, que siempre he sido militante de este partido, como dije en el curso de la gestión, por razones de moral o de ética socialista y nunca por razones de tipo político que pudiera separarse de esa moral, de esta ética socialista. Por consiguiente, he reflexionado profunda, seriamente, la repercusión que tiene el no aceptar las invitaciones, que también son bastante numerosas, de muchos compañeros para que forme parte de alguna lista de alguna de las candidaturas cuyo periodo se abre en este momento, pero todo el mundo sabe que, aunque se abre en este momento, es preocupación del congreso desde que comienza hasta que termina.

Y les quiero decir que lo he reflexionado en la dimensión que tiene para nuestro partido, para nuestra sociedad y en la dimensión que tiene cara a los problemas del Estado. Por consiguiente, la multiplicidad de razones que a veces a uno lo agobian cuando le hacen ver o le quieren hacer ver las repercusiones políticas de una decisión, han pesado seriamente en mi conciencia de militante socialista. Dije el primer día que este es un gran partido, y repito ahora que este es un gran partido que ha dado un gran ejemplo de democracia a este país una vez más con el desarrollo de este congreso y, en consecuencia, de este gran ejemplo hay que seguir defendiendo la posición ética que a uno le lleva a asumir responsabilidades o a no asumirlas.

Por eso empiezo por decir algo que me parece importante: he visto a compañeras y compañeros caídos por los pasillos —pocos o muchos—. ¡Y no tienen derecho! Tienen que mantenerse aquí, en este partido luchando por sus ideas democráticamente, porque ése es el gran capital que tenemos. Ni una sola retirada. Nadie que se sienta socialista y, por consiguiente nadie que sienta profundamente la democracia tiene derecho ni siquiera a perder fuerza moral en su lucha. Porque este congreso lo que garantiza, precisamente es que no hay ninguna ejecutiva en este partido y espero que siga siendo así en contra de algunos compañeros respetables que defienden tendencias para garantizar derechos democráticos. Este congreso demuestra que una ejecutiva, sea la que sea, o una persona, sea la que sea y ocupe el puesto que ocupe, puede perder una batalla democráticamente en un congreso. Esto demuestra este partido y este congreso; y los que sienten que han perdido alguna enmienda —yo no he presentado ninguna—, los que sienten que han perdido una resolución, también tienen que saber que pueden ganarla y que tienen que seguir luchando por sus ideas en este partido...

El XXVIII Congreso del centenario ha trabajado intensamente. No digo que lo haya hecho con demasiada práctica, porque sería mucho pedir, teniendo en cuenta la composición

de las delegaciones. Muchos compañeros no conocían siquiera la práctica, pero han cuajado con mucha intención. Y se han producido resoluciones muy buenas, resoluciones buenas, resoluciones que a mi juicio son regulares, y otras que, a mi juicio, no son aceptables. Para mí, personalmente, digo hablando como el militante Felipe González, vuelvo a repetir, no como la persona que tiene la responsabilidad del partido. Por tanto, estamos todavía en el congreso, estamos en el período en que podemos decir las cosas como son, exactamente como son, con plena libertad de crítica, y con la absoluta seguridad de que Felipe González seguirá siendo militante al servicio de este partido, en la responsabilidad que tenga que asumir y dentro de las decisiones mayoritarias adoptadas por este congreso. Pero un congreso necesita también una coherencia desde el principio hasta el fin, no sólo necesita esforzarse por establecer una estrategia política, no sólo necesita esforzarse por encontrar las resoluciones que creen en ese momento son importantes para la sociedad o el partido. Necesita pensar en el mismo momento en que se discute eso, en el equipo de compañeras y compañeros que en plena coherencia con el resultado global de los debates van a llevar adelante la política del partido durante el próximo bienio.

Y les voy a decir por qué he empezado por eso, que a mí en este partido me introdujeron razones fundamentalmente éticas. Y, por supuesto, un conocimiento del marxismo que creo, modestamente, es superior a algunas que las exposiciones poco rigurosas y poco marxistas que yo, en silencio, con respeto, y sin querer intervenir, he venido oyendo a lo largo de los debates. Yo le ruego a cada compañero que se acerque al marxismo, que se acerque, de verdad, con un espíritu de libertad. Lo dije el primer día, el primer día, que no tomé a Marx como la línea divisoria entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, porque están volviendo a enterrarlo. Y a enterrarlo mucho más profundamente que lo entierra la clase burguesa o reaccionaria de este país y de todos los países del mundo. No se puede tomar a Marx como un todo absoluto, como compañeros. No se puede. Hay que hacerlo críticamente. Hay que ser socialistas antes que marxistas. Yo asumo la responsabilidad de haber provocado, de mala manera, con pocos cauces, una polémica que la prensa ha malinterpretado y ha utilizado en algunos sectores de forma hábil. Asumo la responsabilidad de haber provocado mal esa polémica. Porque la he sacado de quicio. Pero eso no es lo importante de este congreso, y quiero decírselo con toda responsabilidad y la fuerza moral que me da el llevar muchos años defendiendo las mismas ideas. Lo importante verdaderamente de este congreso, para que estemos todos en la dirección de lo que pasa, es que cuando se acabó de discutir el problema de lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, Marx y no Marx, el 20% de la sala resistió en sus asientos. Y el 80% de la sala se fue de aquí. Y los delegados —perdónenme los compañeros, que ahora hablo como Felipe González— salieron de esta sala porque creían que el resto de los problemas que se iban a discutir, permítame esta pequeña crítica que ya puedo hacer, y la puedo hacer dentro del partido, porque creían que el resto de las ponencias tenían mucho menos importancia. Y lo comprendo, no digo que no lo comprendo, lo comprendo porque

el problema se desorbitó de tal manera que lo accesorio se convirtió en principal. Y lo principal —para un congreso concreto— se convirtió lamentablemente en accesorio. Y eso ha sido realmente la verdadera dimensión de lo que ha producido el otro debate. Por consiguiente, creo que esas son reflexiones que deben pasar sobre la conciencia de este gran partido, que es la esperanza de que esta sociedad pueda caminar hacia el socialismo, hacia la justicia y hacia la libertad. Este gran partido, que tiene que seguir defendiendo su identidad y que tiene que procurar que no se alegren tanto los que dicen alegrarse con nuestras resoluciones y lo declaran públicamente, porque, en el fondo, se están alegrando no de nuestras resoluciones, sino de lo que nuestras resoluciones pueden significar para ellos. Y a mí, hay alegrías que me preocupan. Y probablemente hay en este momento quien dice que no se alegra y se está alegrando. Y haya quien dice, fuera de esta sala, que se alegra y se está alegrando, pero por razones distintas de las que dice que se alegra. Os decía que hay varias vías para llegar a la acción y a la lucha política. Una es esta guía del compromiso moral con la lucha, del compromiso ético con la lucha. Esa es una vía tan buena y tan válida como otra. Hay, por consiguiente, razones morales para estar luchando, razones éticas para estar luchando. Además de las convicciones ideológicas que uno tenga, hay otras razones políticas. Razones políticas de una enorme importancia. Multitud de compañeros han venido a decirme las razones políticas por las cuales yo debía seguir asumiendo la responsabilidad que hasta ahora he asumido si contaba con la aprobación o el apoyo del congreso. Las razones políticas de Estado, de sociedad, las cosas que pueden pasar de desconcierto en el partido. Me han dicho incluso que algunos compañeros pueden abandonar. No tienen derecho. Porque yo no lo voy a hacer y voy a seguir luchando aquí como hasta hoy.

Quiero decirles que con tener muchos éxitos las razones políticas que me podían obligar a seguir ligado al puesto, a lo que muchos compañeros creen es el *leit motiv* de la política: el sillón de secretario general, aunque hay muchas razones políticas que se separan en este momento en mi conciencia de las razones morales, y si hago política perdiendo fuerza moral y razones morales, prefiero apagar, apagar, porque yo no estoy en la política por la política. Estoy porque hay un discurso ético, que no suena demasiado revolucionario, que no suena demasiado demagógico, pero que es el que mueve a Felipe González en la política. Hay un discurso ético que me ha hecho trabajar en este partido y por este partido hasta hoy, y que me sigue obligando a trabajar en este partido y por este partido y para esta sociedad desde hoy hasta mañana y hasta que pueda resistirle.

Por consiguiente, compañeros, yo quiero que comprendáis que para mí es inseparable la posición ética de las razones políticas, y como no las quiero separar y comprendiendo que hay razones políticas poderosas, hay que dar alguna vez en política un ejemplo ético, y el ejemplo ético no es solo, y por supuesto no pretendo darlo, para nosotros, sino para esta sociedad, para que haya alguien que piense que hay políticos en la política porque ocupan cargos, para que no quede ningún compañero militante en el Partido Socialista que piense que

el partido es un círculo de propiedad inscrito a nombre de Felipe González, que se sirve de compañeros que pegan carteles por las calles en su camino hacia el poder. Para que no lo piensen los socialistas, ni los que no lo son. Hay un ambiente muy receptivo en esta sociedad de que todos los partidos y que van a lo mismo; y yo digo que no es verdad, y que la sociedad se debe enterar de que hay diversas clases de políticos, todos respetables. Yo no quiero ofender a nadie, y esta es la vía divisoria entre unos y otros, como también tiene que establecer lógicamente nuestro partido.

Y os diréis qué tiene que ver esto con que me quede o me vaya: pues tiene algo fundamental que ver. He aceptado y agradezco la votación mayoritaria de la gestión. Creo sinceramente que son muchos los compañeros, no sé si la mitad más uno o la mitad menos uno o el 30% —para mí cualquier cifra es aceptable— que querrían de corazón que siguiera adelante. Pero creen también sinceramente que en este congreso Felipe González ha sufrido una derrota moral porque no ha sido bien entendido tal vez, porque ha planteado mal el problema tal vez; en un congreso ideológico que alguna vez se celebrará en este partido yo seré uno de los militantes que disfrute mucho discutiendo de la ideología, de lo que es el socialismo hoy, de qué tipo de socialismo necesita esta sociedad para que sea auténticamente socialista y, desde luego, no pienso nunca guardar el socialismo en una botella y taparlo, porque me parece que eso no es posible hacerlo. Con todos los respetos para aquellos que piensen que el socialismo, que el marxismo, se puede guardar en una botella y hay que guardarlo en esa botella para que no se altere. Con todos los respetos, compañeros, yo no voy a estar en esa posición ni hoy ni mañana. Y creo sinceramente que de las resoluciones de este congreso hay algunas que los compañeros que asuman la responsabilidad de este partido ni van a poder cumplir, porque ni siquiera se ha hablado de lo que hay que hacer, punto uno, punto dos, punto tres y punto cuatro, en la estrategia política para los dos próximos años. Se han dicho generalidades que permiten defenderse después de las críticas, pero que también permiten las críticas fáciles y justificables; y se tenía que haber dicho cuáles son las tareas concretas, sin apretar demasiado, que la dirección del partido tiene que asumir para el próximo periodo. Eso se tenía que haber hecho, no había que haber discutido la mayoría del tiempo de la cuestión de principios y la mínima parte del tiempo de los problemas de esta sociedad. No es posible mantener vivo de esta manera al socialismo, compañeros, y no es una crítica neta. Sólo quiero recordaros que esta sociedad es de 36 millones de criaturas, de los que veintiséis millones tienen más de dieciocho años —y perdonadme que sea tan pedestre—, tan poco ideológico en mis ejemplos: veintiséis millones, si no nos engañaba Rodolfo Martín Villa —que seguro que nos engañaba— con las estadísticas, que tienen pleno derecho a participar políticamente en esta sociedad; si de estos veintiséis millones, hay trece millones que tienen derecho a ser considerados como población activa y trece millones que esta dialéctica capitalista, que ese lenguaje y esa visión del mundo capitalista consideran po-



blación no activa, que es casi una consideración despectiva, de los cuales cinco millones son viejos —ahora se llaman de la tercera edad—, que dieron todo su trabajo y que esperan que los socialistas les digan cómo salir de esa marginación, cómo salen de la miseria: hay más. Hay muchas compañeras en esta sala y he dicho muchas veces lo que pienso sobre el feminismo y el machismo en esta sociedad. Hay un montón de mujeres que se llaman también población no activa, población inactiva, porque resulta que trabajan en sus casas, no tienen horario, acaban a la hora que acaban y no son productivas para el sistema capitalista, por eso no son activas, porque no están en eso que se llama el mercado de trabajo. Por ello su trabajo no se estima y su función es fundamentalmente reproductora para este sistema capitalista. Y estas mujeres esperan, en parte, que los socialistas les digan cómo escapan de esta condición tan concreta, además de otros muchos problemas; y así podríamos ir analizando la sociedad para llegar a una conclusión. Hemos dicho que este partido es un partido profundamente democrático y que quiere transformar democráticamente la sociedad y por consiguiente tiene que contar con la mayoría de esta sociedad, tiene que incorporarla a eso que se llama movilización popular, y habría que emplear un lenguaje que no fuera a decir partido de masas, porque las masas siempre se entienden como las que están fuera del que hablan; y hay que decir partido de muchos jóvenes y muchos viejos que sufren, de muchas mujeres y de muchos hombres que sufren. Partido de hombres y mujeres conscientes y responsables que tiene que constituir la mayoría de esta sociedad. Y para que se incorporen a nuestro proyecto político de cambio, a nuestro proyecto socialista de alternativa de democracia y para la democracia en profundidad, tienen que oír de los socialistas una respuesta a su problema que vaya liberándolos de la marginación, de la explotación, de la dependencia cultural . . . , etcétera, tal y como traté de decir al principio en la intervención que inició estos debates. Porque si no, no estaremos haciendo un proyecto mayoritario de transformación de esta sociedad. Aunque reiteremos en cada congreso lo es que es el partido ideológicamente, y eso nos dé una gran fuerza moral a nosotros. Los demás esperan alternativas muy concretas y que sepan a dónde va estratégicamente el partido, y cómo incorporar estas aspiraciones de libertad, de igualdad, de justicia y de cultura que ellos están sintiendo porque no las tienen. Cuando hagamos eso esta sociedad dirá al Partido Socialista que mayoritariamente está con ese partido, para ir cambiando, eliminando los obstáculos que se oponen a que se consigan esas metas. Cuando lo hagamos, y tenemos que ponernos a trabajar todos, todos, para hacer de este partido el gran partido que ha demostrado ser democráticamente en este congreso hacia afuera; ese gran partido en el que tanto confían mucha gente de esta sociedad y al que tanto temen alguna gente de este país.

Yo no me quiero extender más, pese a que les amenacé con un largo discurso. Quiero decir que me alegro, sinceramente me alegro, de que hayan habido resoluciones importantes,

como la de estatutos, que recogen el buen funcionamiento del partido; que cada vez se va racionalizando más y que recogen un buen funcionamiento del partido. Y que no es una ponencia no política. Los estatutos tienen tanta carga política como cualquier otra ponencia porque, de verdad, están diciendo qué tipo de organización es la que funciona y no se puede despreciar la ponencia de estatutos. Me alegro de que haya habido resoluciones sectoriales que tienen importancia y que pueden dar buen juego en esta sociedad. Y tengo que decir, desde esta tribuna, sabiendo que no soy el que va a asumir la responsabilidad de dirigir este partido, que hagamos un serio ejercicio de humildad los socialistas españoles, un serio ejercicio de humildad, que pensemos que tenemos muy poco que enseñar a nuestros compañeros del mundo, muy poco que enseñar, sobre todo a los de Europa, que si algo les tenemos que enseñar es una historia centenaria en que la libertad ha sido la excepción y la dictadura la regla, esto les podríamos enseñar. Esto les podríamos enseñar. Que tengamos una cierta humildad cuando abordamos la discusión sobre qué es el socialismo y hacia dónde va y, sobre todo, que tengamos en cuenta que el camino recorrido es el cimiento sobre el cual hay que seguir caminando, y no se puede nunca despreciar lo conseguido, porque con frecuencia del desprecio de lo que se consigue nace la pérdida de lo que se consigue para volver a luchar por eso que se acaba de perder, y algunos compañeros, algunos, han dicho que la Constitución es mala y criticable. La mayoría ha dicho que la Constitución es aceptable por todos y así lo define la estrategia política. Les quiero decir algo muy serio a mi juicio. Esta Constitución es la que nos permite vivir en paz y en libertad. Desarrollémosla progresivamente cada vez más para poder seguir viviendo en paz y en libertad y no tener que pedir dentro de dos años, o de cuatro, o de ocho, un proceso constitucional que nos dé una Constitución para vivir en paz y en libertad, porque ya la tenemos, y los socialistas no la podemos olvidar, buena o mala. Y éste es un problema serio, quizá uno de los más serios. Esta Constitución no satisface plenamente a nadie, ni a la derecha, ni a la izquierda, como debe ser, pero es el marco donde se va a desarrollar la acción del Partido Socialista, y hay que decírselo claramente a la sociedad, y no yo. La dirección de este partido tiene la responsabilidad mañana de decirle a la sociedad que somos demócratas, y como somos demócratas aceptamos este juego constitucional. Y el juego constitucional es también esa movilización popular de la que habláis porque está garantizada por la Constitución, aunque la derecha la interprete reaccionaria, restrictiva y temerosamente. No queremos volver a empezar a hacer otra Constitución. La última conversación que he tenido con Ramón Rubial fue ayer y me decía, sigue, sigue, sigue. Y me decía algo más. En la batalla para construir el socialismo, los socialistas reciben heridas que cuando cicatrizan los hacen más fuertes. Yo he recibido en este congreso una herida profunda que ya ha cicatrizado, y aquí estoy dispuesto a seguir en este partido.